

En Nicanor Araoz. *Antología genética*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Argentina): Mansalva.

Sensibilidades punk: la potencia insurgente de la negación.

Nicolas Cuello.

Cita:

Nicolas Cuello (2018). *Sensibilidades punk: la potencia insurgente de la negación*. En Nicanor Araoz. *Antología genética*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Argentina): Mansalva.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/nicolascuello/29>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p3sB/kCn>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

I

La potencia del término “punk” reúne, incluso casi de forma contradictoria, una multiplicidad de historias cuyos orígenes genealógicos diagraman una habitabilidad diferencial e inestable que en su devenir histórico darán lugar a una plataforma sensible de agitación experimental de políticas negativas contraculturales, escenarios de alianzas urgentes entre tensiones de disolución y creación, y artefactos culturales de experimentación subjetiva dispuestos a modificar los horizontes de control corporales y sexuales.

Siguiendo sus rastros etimológicos, la expresión “punk” queda ligada de forma inicial al teatro isabelino de principios del siglo XVII, donde era utilizada para representar figuras disfuncionales, inútiles, excéntricas e inmorales, como por ejemplo, las prostitutas. Con el paso del tiempo, fue utilizado para denominar figuras sociales cuyas turbulentas existencias conectaban juventud y criminalidad, raza, clase social y peligro, prácticas sexuales y perversión, como el “rufián”, el “gangster”, y “el merodeador”, sujetos cuyos tránsitos errantes en el espacio público puedan hermanarse con las geografías deseantes trazadas por la heterotopía del yire marica. Durante las primeras décadas del 1900, esta expresión fue acumulando un capital cada vez más insidioso en la potencia peyorativa de su denominación: “Punk” fue un término para hablar de borrachos, de vagos, de inservibles, de improductivos, de los perdedores, de los trashumantes, de los confundidos, de los incapaces, o que directamente, nunca habían encontrado algún sentido a su propia vida (Cuello y Disalvo: 2015).

En su historia arcaica, incluso, el término “punk” refería a ese tipo de madera seca utilizada técnicamente para dar comienzo y avivar el fuego. Un sentido similar se encuentra actualmente en la palabra “faggot”, una de las formas más injuriosas para referirse de manera despectiva y ultrajante a los homosexuales. Este origen compartido acopla simultáneamente la misma operación semiótica política: eran la señal que conducía materialmente el procedimiento, la orden y la acción de incendiar públicamente a

Este ensayo dota de un marco histórico al espacio constituido por aquellas culturalidades disidentes que, durante los 80 y 90, encontraron en la aceleración del hardcore y el punk una base rítmica para actuar sexual y políticamente. La genealogía de estos “frágiles cuerpos del delito” que Nicolás Cuello se propone trazar descende desde el siglo XVIII y se saltea los puntos de referencia obligada para llegar hasta subproductos impensados como Marcelo Pombo y Gumier Maier. El famoso *hardcore gay antifascista* que Fun People hizo girar por los escenarios bonaerenses hasta llevarlo a una plana principal de la cultura joven argentina, es también resultado de una sensibilidad previa, colectiva y semiorganizada, que quiso unir bajo un grito neurótico de guerra a los “epilépticos, hippies, madres solteras, locos, delincuentes, prostitutas, gitanos, vagabundos, drogadictos y alcohólicos, sordomudos, enanos, exhibicionistas, tullidos, leprosos, albinos, sífilíticos, anarquistas, y en general a todas las mujeres”.

Foto de portada: *Sodoma*, Revista del Grupo de Acción Gay, 1984. Gentileza de AméricaLee. El portal de revistas del siglo XX, del CeDIInCI. <www.americalee.cedinci.org>

brujas, criminales, homosexuales y otros sujetos de difusa moral cuya inestabilidad operaba como una forma de enemistad con el Estado. Con el paso del tiempo, dichas expresiones se convertirían en una denominación subjetivante para aquellas víctimas.

Antes de que el punk se transformase en un modo de referenciar un movimiento contracultural caracterizado por modos de vida antiautoritarios, crestas rojas, ropa negra destruida, música veloz, tachas y remeras hediondas de sudor, también incorporó en su designación a muchos jóvenes delincuentes que rompían con las normas de la sociedad, viviendo relegados a su intemperie, que habían encontrado un modo de supervivencia en la oferta de servicios sexuales dentro de las prisiones. Es así como “punk”, “to be punked” se convirtieron en referencias hacia aquellos frágiles cuerpos del delito, parias de la sociedad, que trabajaron de poner el culo para la satisfacción sexual de presos y oficiales del sistema penitenciario.

Como vemos, en el apretado conjunto de estas imágenes se traman genealogías temblorosas y multitudinarias del punk como una sensibilidad histórica asociada a la desviación, tanto como un modo de agenciamiento político sensible que productiviza el filo de la precariedad, la urgencia por vivir y las posibilidades radicales de placer sexual.

II

Bajo los efectos prolongados de aquella noche terrorífica en la que se había convertido Argentina durante la última dictadura militar, los primeros años de la recomposición democrática posibilitaron la intensificación de una serie de proyectos contraculturales que hasta el momento se habían esforzado contra todo pronóstico por ejercitar formas de criticidad que pusieran en jaque el autoritarismo político, denunciando la violencia de Estado y poniendo en marcha dispositivos culturales de colectivización de saberes otros y gestionando en su difusión plataformas para la emergencia de nuevos modos de vida.

Fue en el año 1984 cuando irrumpe el fanzine *Resistencia*, editado por Patricia Pietrafesa, como un grito, que a diferencia de otros artefactos contraculturales de su época, se aferraba al rencor contra la emergente democracia que no podía quitarse el vicio de la represión y

el conservadurismo político. Para la autora, este era un “periodo de gran ebullición agitadora: de la uniformidad y el oscurantismo de la dictadura a ir abriendo camino hacia un propio espacio de destrucción, creación, protesta, lucha y novedad” (Pietrafesa: 2003). Como una máquina desesperada por tramar redes de contención y de potencialidad enunciativa que pusieran en jaque estos remanentes autoritarios, el fanzine *Resistencia* se transformó en un espacio de encuentro para aquellos sujetos guiados por sus deseos inconformes y por una potente curiosidad en torno a la posibilidad de un mundo nuevo: anarquistas, putas, ecologistas, abolicionistas de las prisiones, y una importante serie de desviados sexuales.

Desde sus comienzos esta publicación se proponía “[...] provocar desde la apariencia poniéndole el cuerpo a una lección de forma de vida y sentir el desprecio del pacatismo de la sociedad general [...]”. Pero no solo se trataba de provocación, de la misma manera que era importante escuchar música distinta, también era prioridad manifestarse contra los abusos policiales, la amenaza clerical o la hipocresía de la opinión pública.

En ese sentido, este conglomerado de sentimientos y descargas incontrolables de furia gráfica incorporó de manera muy temprana a un colaborador habitual que insistió de manera radical en el ejercicio de una mirada crítica sobre la sexualidad, planteando cruces posibles entre la actitud punk y el ser homosexual: Eduardo Valenzuela, mejor conocido como El Profe, fue un anarquista individualista, profesor de secundaria que vivió con intensidad la profunda humedad del underground porteño post dictadura. Su infinito compromiso por experimentar y cuestionarlo todo, incluía sus largas noches en el *Parakultural* donde tocaba con su banda ruidista *Traición a la Música*, su participación en reuniones de grupos políticos anarquistas, desde los cuales participó en la gestión de las *Marchas Paganas* y las movilizaciones contra la segunda visita del Papa Juan Pablo II ambas en 1987, o en las primeras manifestaciones articuladas internacionalmente con un carácter anti-globalización, como los escraches en contra de McDonald's o acciones como *Stop the City* destinadas a desarrollar actos de vandalismo destructivo contra las ciudades capitales de mundo. A su vez, su profusa errancia nocturna lo había acercado a Ruth Mary Kelly, primera trabajadora sexual organizada con quien compartía movilizaciones, asambleas y estrategias en común para la desarticulación de la violencia policial, como también a pequeños e insurgentes grupos desde los cuales interpelar políticamente el corset de la normalidad sexual: participaba en los espacios de lecturas organizados por numerosos ex

miembros del Frente de Liberación Homosexual, e integró la experiencia crítica del Grupo de Acción Gay en el que también participaban dichos militantes (Cuello y Disalvo: 2015).

En el *Resistencia #5*, editado en el año 1989, encontramos una de las primeras notas, titulada “HOMOCORE”, en donde El Profe abre la discusión entre los vínculos ya existentes en otras escenas internacionales entre el hardcore/ punk y las políticas sexuales

“(…) Hardcore es la música de la supervivencia, es la decisión salvaje de existir a pesar de todo y contra todo. La fuerza que surge de esta idea explota y se expande, se entrecruza con el metal y da el speed-core. Existe también otra gente cansada de caretear, hasta el sentimiento y la blandura, que quedó seducida por el HC. Son gays que nunca se sintieron representados por la imagen convencional del homosexual cobarde, burguesito, y frívolo. Muchachos que aman a los muchachos, pero salvajemente, con la fuerza y la velocidad del HC. (...)”

Esta temprana traducción de El Profe se convirtió en uno de los primeros mensajes en la escena contracultural local que buscaba denunciar la progresiva desigualdad propia de la cultura masculinista de la tradición hardcore/punk, pero a su vez insistió de manera diferencial en hacer explícitos los crueles mecanismos de ocultamiento, invisibilización y negación hacia relaciones, prácticas sexuales y formas de vida disidentes que ya existían en la escena y que ponían en jaque la naturalizada heterosexualidad de esas culturas públicas.

Al costado de esta primera nota se podía leer la traducción de una pequeña historia de aventura sexual propia del “yire marica” en un recital de la mítica banda hardcore-punk *Circle Jerks* en Canadá. Dicha traducción se vuelve significativa ya que proviene de un artículo publicado originalmente en el fanzine canadiense *JD's – [Juvenile Delinquents] #5* editado por Bruce LaBruce y GB Jones, ambos referentes internacionales indiscutibles del denominado movimiento homocore y que se constituiría posiblemente en uno de los primeros ingresos, con una cuota interesante de desviación, de la categoría *queer* al campo contracultural y político argentino.

En los años siguientes, en el fanzine *Resistencia* se publicarían dos nuevas intervenciones de El Profe en su sección “Columnas”, espacio destinado a

la difusión de crónicas urgentes sobre la contracultura argentina, reseñas musicales sobre álbumes de reciente edición, escritos de corte sentimental y comentarios sobre cine gore, trash y de terror. Una de estas columnas, publicada en el *Resistencia #6* del año 1991, llevaba por título “Los Cuerpos Domesticados”; la segunda fue publicada en el *Resistencia #7* del verano de 1992-1993 y se titulaba “Las Máquinas del Deseo”. En su conjunto, estas dos intervenciones funcionaron como respuestas instintivas e insurreccionales contra las reglas de una sociedad disciplinaria en las que el asco antisocial aparecía como la única forma de sinceridad posible. Se constituyeron a su vez como dos señalamientos públicos que pretendían producir distanciamientos políticos claros de las imágenes normativas construidas y difundidas por los medios de comunicación en torno a la homosexualidad, potenciando la revulsión que implicaba el desmadre, la fiesta, la violencia, y el erotismo cultivados por la sombra mal oliente de la contracultura punk. De esta manera se instituyeron como modos de agenciamientos críticos frente a esas novedosas tecnologías de modulación docilizante del deseo homosexual que durante los últimos años de la década de los 80 y el inicio de los 90 participaron de forma activa en la incipiente cristalización de imaginarios homonormados, es decir, dispositivos de representación cultural y aparatos de modulación subjetiva a través de los cuales se produce un sujeto gay desmovilizado, privatizado y despolitizado que desactiva deliberadamente el registro de marcas disonantes de su diferencia (Duggan: 2003).

Ambas intervenciones apuntaron a formar miradas críticas desde estos aparatos contraculturales de difusión y circulación oblicua, que se desmarcaban de las representaciones suavizadas de la época que introducían las ideas admisibles de “variación” como parte de las economías integracionistas del recién estrenado repertorio neoliberal, cuyos estándares de inclusión están forjados por lógicas de mercado que necesariamente desplazan la idea del “perverso” para darle paso a la subjetividad del “consumidor”, sin desmantelar pieza alguna de la estructura sexual represiva de una sociedad capturada por la productividad heterosexual como único destino.

Bajo el ritmo disonante de la inconformidad punk, entonces, emerge una poderosa maquinaria sensible de escritura colectiva que operativiza la incomodidad política, la ira antisistema y el rencor libertario para abrir paso a estrategias de experimentación y aprendizaje contraproductivo donde la tergiversación de imágenes de la cultura de masas, el uso desviado

de ficciones normativas, las lecturas perversas de insumos intelectuales y el tráfico clandestino de estrategias de resistencia antirrepresivas colaboran en la gestión de imaginarios político-sexuales autónomos que pugnan por el acceso irrestricto de los placeres, fuera de los regímenes de toda autoridad.

III

El retorno de la democracia en nuestro país abrió un tiempo de intensificación de un extenso conjunto de prácticas político-culturales de carácter experimental que pusieron en marcha formas de sensibilidad y modos de vida alternativos a los remanentes de autoritarismo en el orden estatal. Entre muchos de los proyectos político-afectivos que encontraron un lugar durante dicha época se distingue con una gran particularidad la emergencia de experiencias colectivas que reactivaron las genealogías activistas feministas y sexo-disidentes iniciadas entre finales de los años 60 y 70, perseguidas e interrumpidas por el terror represivo del gobierno dictatorial (Belucci y Palmeiro: 2013)

El así llamado “destape homosexual” de los años 80 hace referencia a un momento político de profusa invención, creatividad y organización de grupos, coordinadoras y coaliciones contraculturales que pusieron en acto otras estrategias de acción desvinculadas de los principios metodológicos de la organización colectiva tradicional. En su lugar, llevaron adelante formas críticas de politicidad cuyas matrices o principios productivos articularon nuevos horizontes basados en la multiplicación coordinada de las diferencias, con una firme aspiración orientada al diseño urgente de acciones de carácter interseccional que se destacaron por su excesiva y potente capacidad de expresión. De esta manera surgió una política común capaz de reunir la práctica de grupos feministas, gays y travestis, organizaciones de derechos humanos, movimientos contraculturales, frentes antirrepresivos y espacios vinculados a la experimentación artística.

Dichos horizontes políticos estuvieron movilizados tanto por la fuerte influencia de proyectos editoriales nacionales, centrados en la circulación de autores cuyo trabajo se inscribía en la potente novedad del posestructuralismo, como por tráficos internacionales de teorías políticas críticas y experiencias activistas que se vieron propulsadas por la vuelta de un gran número de intelectuales y militantes exiliados, junto con la desafiante creación de artefactos culturales como las revistas independientes

El Porteño, Cerdos y Peces, Expreso Imaginario, Revista Pelo, y otras publicaciones precarias de circulación oblicua vinculadas a las culturas underground subterráneas del punk (Cuello y Lemus: 2016).

El Grupo de Acción Gay (1982 – 1985), conformado por activistas, ex militantes de izquierda, estudiantes universitarios, intelectuales, artistas y periodistas de diferentes trayectorias, entre ellos Carlos R. Luis, Oscar Gómez, Jorge Gumier Maier, Julio Olmos y Marcelo Pombo, fue uno de aquellos nuevos agrupamientos originados en torno a esta nueva matriz de producción política que no solo buscaba el fin de la violencia institucional cristalizada en aquellos vestigios de autoritarismo en la política pública, sino también profundizar la promesa insubordinada de los imaginarios históricos de las revoluciones sexo-culturales en los que inscribían su propia práctica. Como grupo, fueron parte la Coordinadora por las Libertades Individuales (1983), una experiencia de corto pero intenso alcance, de la Coordinadora de Grupos Gays (1983-1984), una red de activistas sexo-políticos a través de la cual organizaron el primer Plenario de Grupos Gays de Buenos Aires (1984), y se incorporaron desde sus inicios, junto al Grupo Federativo Gay, a la Comunidad Homosexual Argentina (1984). Todos estos espacios fueron plataformas de disputa colectiva a través de las cuales delinearón un modo particular de imaginación político-sexual radical centrada en la irreverencia del humor marica, en el placer como horizonte utópico, en el uso desviado de imágenes de la cultura de masas y en el ejercicio de una desafiante sensibilidad negativa en torno a los incipientes procesos de normalización sexual.

Como grupo organizaron su práctica en tres zonas de trabajo particulares: Por un lado, se abocaron a la construcción de espacios de reflexión teórico-política sobre la identidad homosexual; se dedicaron a la organización de acciones directas y formas múltiples de ocupación del espacio público junto a otros colectivos aliados; y por último, agenciaron espacios de sociabilidad marica que incluían grupos terapéuticos, fiestas y orgías sexuales.

Su escenario de acción estuvo determinado por la sinuosa continuidad de formas de criminalización y persecución social orquestadas por los aparatos represivos del estado en la incipiente recomposición democrática: buscaron abrirse camino en una época marcada no solo por el silenciamiento, la persecución y la amenaza hacia gays, lesbianas y travestis -tanto como la permanente repetición de razzias policiales que terminaban en la clausura e intervención sus locales nocturnos-, sino también por la sistemática detención arbitraria de las trabajadoras sexuales cis y trans cuando prestaban

resistencia a los continuos mecanismos de extorsión económica por parte de las fuerzas de seguridad, como también por los encarcelamientos injustificados de jóvenes punks, góticos y new romantics registrados por la mirada ansiosa del poder como una amenaza al orden público.

El medio a través del cual sentaron posición sobre este clima de época, y desde el que produjeron instancias de reflexión y socialización de críticas incisivas en torno a la cadencia liberal con la que se organizaron algunas agrupaciones de gays y lesbianas contemporáneas (principalmente sus divergencias estuvieron dirigidas hacia la CHA) fue la revista *Sodoma*. Con tan solo dos números editados correspondientemente entre 1984 y 1985, diagramados por Carlos R. Luis y Jorge Gumier Maier, la revista se posicionó como un espacio de expresión política disidente en clave marica que reunía columnas, poemas, crónicas, collages, dibujos y traducciones, además de una contundente línea editorial que exponía severas críticas a los modos tradicionales de acción política de la época.

En una nota central del primer número de la revista *Sodoma*, titulado “¿Y esto era la democracia?”, nos encontramos con una desafiante caracterización de la época, pero en especial, con un señalamiento crítico a las economías de la mezquindad que ofrecen los reducidos horizontes de las políticas de identidad:

“[...] Yendo a lo específico de nuestra situación de gays, muchos dirán que las cosas han cambiado; y eso con cierta razón. Que el solo hecho de que alguien pueda leer estas páginas y de que algunos las escribamos; que hayamos pasado a agruparnos, que tengamos algunos espacios propios de esparcimiento. Insistimos: escribir ciertas cosas sigue siendo delito, el agruparnos, por más reaseguros legales que tomemos, sigue siendo mal visto. Los locales gays son aún sitios que combinan la diversión con el riesgo, además de ser presta de la coima.

Es verdad; en lo formal las cosas cambiaron. Pero solo en lo formal. Porque si es cierto que hay cosas que el poder no puede hacer (por ahora), eso no significa que no quiera o no esté dispuesto a hacer llegado el caso.

Con este cuadro no queremos desalentar a nadie. De eso se encargan los hechos mismos. Nuestra propuesta es positiva: defender este espacio formal de democracia, aprovechándolo y ampliándolo. Para eso debemos organizarnos, dialogar, debatir, entre nosotros y con otras minorías y sectores marginados [...]”

La urgente necesidad de hacer de la diferencia un horizonte de singularización política y del placer un principio organizador de la vida social fueron máximas constitutivas de la práctica del Grupo de Acción Gay.

Un claro ejemplo de este programa tomaría forma en una de las primeras acciones colectivas llevadas adelante en junio de 1984, en el corazón del parque Lezama en conmemoración a las revueltas del bar *Stonewall Inn*, un acontecimiento coyuntural en la historia de la resistencia de los movimientos de liberación sexual. Allí los miembros del GAG se hicieron presentes con una bandera realizada artesanalmente cuyo lema era “El sexo al gobierno, el placer al poder”, una reapropiación en clave “marica” de la famosa frase peronista que había transformado el escenario político del año 73, que puede leerse como otro claro ejemplo de una térmica afectiva que caracterizaría su particular acercamiento a la políticas sexuales, potenciando claves revulsivas de una imaginación político-sexual cuyo horizonte de intervención ansiaba un enloquecimiento absoluto de la política.

Dicha acción fue realizada en el marco de una convocatoria a la Marcha por el Día de la Liberación Gay, en la cual además repartieron volantes cuyas consignas insistían en el diseño de políticas transversales que hicieran de la fuerza negativa de lo abyecto y de la filosa insistencia de la injuria, coordinadas de enunciación minoritarias críticas de los regímenes sociales, corporales, y sexuales de lo normal:

“(…) A más de media humanidad que no se ajusta en sus conductas, en sus sentimientos o en sus actitudes a la norma establecida por la clase dominante. Epilépticos, hippies, madres solteras, locos, gays, delincuentes, prostitutas, gitanos, vagabundos, drogadictos y alcohólicos, sordomudos, enanos, exhibicionistas, tullidos, leprosos, albinos, sifilíticos, anarquistas, y en general a todas las mujeres; así como aquellos que sus estigmas son secretos: la opción es...la neurosis o las barricadas (...)”

Este frente en el que convergen múltiples trayectorias biopolíticas de cuerpos impropios, errantes y extraños de los ordenamientos regulatorios de lo normado, da cuenta no solo de la promesa revulsiva del principio de diferenciación subjetiva, sino que también hace explícita una potente economía política de la negatividad radical desde la cual generar zonas de contacto social y desamarrar devenires posibles para pensar de forma colaborativa modos de desmantelamiento y resistencia a los procesos de normalización sexual que inauguró la retórica liberal de la integración en los escenarios de la década de los años 80.

A través de sus publicaciones y formas de ocupación del espacio público el GAG desplegaba el filo de una imaginación sexual radical novedosa, que incorporaba aparatos de representación sensible cuya principal operación fue el diseño de *montajes maricas*, formas de encadenamiento perversos de imágenes de la cultura de masas, en las que se encontraban comics, fanzines, íconos del rock e incipientes registros del circuito editorial pornográfico de la posdictadura (Cuello y Lemus: 2016), que confrontaron de manera crítica la formación de una “identidad gay”, apostando por una desobediencia de los cuerpos fuera de las percepciones normativizantes de la identidad (Badawi y Davis) y de la continuidad de los sistemas de conservadurismo político y social.

En una entrevista titulada “Espaldas para conocer”, publicada en la revista *Diferentes*, en la que el grupo es entrevistado por Andrea Folgereiter, sus integrantes hacen vibrar la incandescencia de una enunciación bastarda que reclama para sí la potencia inventiva de una no reconciliación con la norma,

[...] Por eso creemos que es erróneo pedir tolerancia o aceptación, pretender integrarse a una sociedad, que necesita mantenernos al margen para poder sostenerse. No estamos orgullosos por ser gays, no creemos que la homosexualidad sea mejor, es igual que decir que es peor. Se siguen sosteniendo dos identidades diferenciadas y opuestas, como dadas por la naturaleza...

[...] No queremos un permiso para vivir, una piecita al fondo en el Petit Hotel de las identidades sexuales. No queremos forjar una identidad gay, sea maldita o bonita, escabrosa o inofensiva [...]

Como vemos, su experiencia se vuelve sumamente significativa para pensar en la emergencia y la continuidad de formas de acción político-sensibles, radicales y discordantes que empujaron los imaginarios sexuales de una época, a través de la intensificación de la energía abyecta de la diferencia que renegó de forma paródica sobre las promesas de la integración de la democracia posdictatorial. Una experiencia que fue capaz de hacer circular de manera incómoda, en el centro de la corrección política, un imaginario compuesto por travestis gordas peludas, locas de izquierda, prostitutas autónomas, cuerpos desgarrados erotizables y otros personajes de sexualidad confusa que posicionaban el ano como lugar de enunciación indiscutido y el placer como única coordinada de orientación

corporal cuyo objetivo fue jugar con el desorden de los sistemas de representación/legibilidad sexo-políticos al ritmo de la distorsión del rock, del glam berreta y bajo la húmeda sombra del under porteño.

IV

En este reducido conjunto de episodios se consuma el deseo de dar a conocer una serie de experiencias colectivas tramadas en la brumosa noche de los escenarios contraculturales de la posdictadura, que dentro de la historia reciente, pusieron en marcha estrategias políticas de desidentificación crítica de las térmicas afectivas mayoritarias de los imaginarios de la transformación social, reactivando formas de ensoñación utópica que actualizaron el desafío de proyectos políticos de emancipación revolucionaria del cuerpo y su sexualidad. Se trata de una pequeña y veloz exhibición de un número de imágenes que logran expresar tímidamente una mutación micropolítica en las formas del sentir, un nuevo estilo emocional (Illouz: 2007) que hace de la potencia revulsiva del rezagamiento, del compromiso ético de la negación, de la oportunidad liberadora de la opacidad y de la crítica confrontativa una nueva imaginación interpersonal, que implica necesariamente otras formas de relación entre los cuerpos, los sistemas de producción biopolíticos de su sexualidad y los escenarios de acción política organizados en la emergente democracia posdictadura.

La potencia expresiva de la afirmación constituyente, heredada de las temporalidades imaginarias de los proyectos revolucionarios comunistas y socialistas del pensamiento político moderno, se vieron así desafiadas por estas experiencias contraculturales cuyos lenguajes expresivos se sirvieron de técnicas posmodernas del fragmento que trabajaron con el recorte, el montaje, y la yuxtaposición, posibilitando la emergencia de formas periféricas de traducción y transferencia cultural que hicieron proliferar poéticas negativas de un hacer como fuerzas disruptoras del orden sexual mayoritario.

De esta manera dichas experiencias históricas que supieron agenciar cruces promiscuos entre prácticas artísticas contraculturales con los llamados radicales del placer de los activismos político sexuales herederos de los imaginarios revolucionarios de los años 70, exigieron alianzas interseccionales estratégicas y nuevos modos de pensar sensiblemente el deseo, los cuerpos, y la política en una clave que incorporaba la potente inestabilidad e incomodidad de la negación.

Estas imágenes que ofrece la contracultura punk y sus húmedas periferias, ponen a rodar imaginarios que cuestionan de manera revulsiva la naturalizada condición de lo político, incluyendo sus tiempos, sus escenarios predilectos, sus metodologías y sus protagonistas, con el fin de poder desarticular la autoritaria legitimidad que establece cuáles son los deseos, los cuerpos, las acciones y las emociones capaces de llevar adelante una transformación radical del presente.

Frente al despliegue de un régimen de ordenamiento y producción de lo sensible como el neoliberalismo, que trabaja desde la lógica de incorporación transparente de cualquier sentido revulsivo, volviendo a las máquinas del deseo como centrales globalizadas de alienación y de bienestar impuesto, la incorporación de la negación, el daño, el rechazo y la ira de dichos artefactos culturales gestados al calor de la disconformidad queer/punk pudo ofrecer la capacidad de gestionar grietas que no invisibilizaran los costos del estar vivos, desarticulando los horizontes precodificados de la organización colectiva, para dar paso a nuevas técnicas productivas de lo sensible y a vectores críticos de subjetivación sexo-política.

En este sentido, las *sensibilidades punk* pueden pensarse como modos específicos de un hacer, que cobran forma mediante dispositivos culturales de producción de negatividad que se proponen afectar los modos de organización de lo político, organizando de forma autogestionada un conjunto de recursos precarios en los que se yuxtaponen disciplinas, lenguajes artísticos, y técnicas de representación, produciendo nuevas estéticas de la participación y la reflexión crítica, que incorporan la particularidad de papel cortado, las tipografías artesanales, el collage, el espesor de la tinta china, la precariedad de la fotocopia, los temblorosos dibujos hecho a mano, el filo punzante del alfiler de gancho, el tiempo ansioso de quien corta y pega un fanzine, la monstruosidad, la parodia, el ridículo y el asco con el que se representa al poder, entre muchas otras imágenes. Como sensibilidades emergen históricamente desafiando, de manera local, los imaginarios democráticos de las promesas de recomposición política de la posdictadura, señalando desde su propia negatividad la desconfianza y su resistencia frente a los remanentes autoritarios de las culturales represoras. A su vez, propusieron estrategias políticas de reunión y socialización de voces minoritarias en torno a nuevos modos de ser y estar, que convertían a estos afectos en culturas sexuales públicas críticas de los órdenes sexuales normativos

desde las cuales pusieron en circulación medios de comunicación alternativos, visualidades críticas y formas de experimentación subjetivas singulares en su época.

Podemos decir entonces que estas *sensibilidades punk* lograron gestionar coordinadas espacio-temporales para aglutinar políticamente a sujetos dañados, rencorosos e inconformes con los horizontes prescriptivos de la normalidad: perversos sexuales, vagos errantes, poetas dubitativos, los insoportablemente impacientes, los permanentemente ansiosos, drogadictos, tímidos, a los perdidos, a los deformes, a quienes el rencor no los dejaba perdonar, a quienes el terror no dejaba dormir, los melancólicos de una izquierda radical, a quienes le desaparecieron todo. Seres que en el desordenado ritmo disonante de su encuentro lograron, conflictivamente, desarticular los límites de lo posible, para dar cauce una política vital que hiciera perdurable la urgencia contradictoria de una revulsiva fantasía utópica del ahora.

Notas

Para acceder de forma directa a una versión facsimilar de algunas de las publicaciones independientes aquí trabajadas se puede consultar: Patricia Pietrafesa, *Resistencia* (Buenos Aires, Alcohol y Fotocopias, 2013) y Rafael Aladjem, *Homosexual 500: Fanzines 2001-2003* (Buenos Aires, Alcohol y Fotocopias, 2016). Para una discusión ampliada sobre los cruces entre desobediencias sexuales y contraculturas se puede consultar los siguientes trabajos citados en este texto: Paul B. Preciado, *Historia de una palabra: Queer* (España, Parole de Queer, 2012); Halim Badawi y Fernando Davis, *Desobediencia sexual y Loca / Devenir loca* de Fernando Davis, ambos incluidos en *Perder la forma humana. Una imagen sismica de los años ochenta* (Buenos Aires, UNTREF-MNCARS, 2014); Nicolás Cuello y Lucas Disalvo, *¿Será que los punks son putos? Estéticas urgentes y disidencia sexual en la contracultura punk argentina* (Buenos Aires, Revista Apuntes de investigación del CECYP, n 25, 2015); Nicolás Cuello y Francisco Lemus, *De cómo ser una verdadera loca. Grupo de Acción Gay y la revista Sodoma como geografías ficcionales de la utopía marica* (Rosario, Revista Badebec - VOL. 6 N° 11, 2016); Mabel Bellucci y Cecilia Palmeiro, *Lo queer en las pampas criollas, argentinas y vernáculas* incluido en *La diferencia desquiciada* de Ana Maria Fernandez y William Siqueira Peres (Buenos Aires, Editorial Biblios, 2013). Por último, algunas discusiones en torno a la compleja relación entre formas contemporáneas del poder capitalista y las diferencias sexuales y genericas pueden consultarse en: Lisa Duggan, *The Twilight of Equality?: Neoliberalism, Cultural Politics, and the Attack on Democracy* (Boston, Beacon Press, 2003); Eva Illouz, *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo* (Buenos Aires, Katz Editores, 2007) y Michael Warner, *The Trouble With Normal: Sex, Politics and The Ethics of Queer Life* (New York, Free Press, 1999).